

LA VERDAD EN ANTROPOLOGIA

Paul Jorion

La cuestión de la verdad nunca ha sido tratada por la antropología. Y, al decir ésto, no intento adelantar polémicamente que la antropología no haya tratado jamás esta cuestión con la seriedad que merece. No, afirmo simplemente que nunca la ha tratado en absoluto. Ahora bien, en buena lógica, y ya se quiera hacer de nuestra propia cultura la medida de todas las ras, o, por el contrario, considerar que cada cultura es la medida de sí misma, conviene siempre tener de entrada una idea precisa de lo que, en antropología, es la verdad.

Si la antropología no ha dicho nunca lo que para ella es la verdad, no es ni por estupidez, ni por voluntad deliberada de abandonar la cuestión a los especialistas (moralistas o epistemólogos), ni mucho menos por indiferencia. Es más bien que el estatuto de la verdad en antropología ha sido hasta tal punto esencial como fundamento, que los antropólogos nunca han podido hacer otra cosa que recorrer en torno a este sol demasiado brillante órbitas más o menos alejadas. O, dicho de otro modo, la antropología nunca ha podido reponerse del sensacionalismo que le ha servido de punto de partida.

El lector de libros de viaje es también -recordémoslo- amante de los gabinetes de curiosidades, y se regala de mejor gana con sirenas y salvajes con rabo -probablemente preadamitas- que con salvajes menos exóticos. Su interés no es muy distinto del del lector de El caso: al leer sobre festines canibales o matrimonios a nuestros ojos incestuosos, se interroga de modo

parecido a quien lee las hazañas de un truhán que prostituye a la hermana gemela de su esposa la noche de bodas: ¡Dios mío! ¿Es posible que aún haya gente que viva así?

El "otro" retiene nuestra atención como un perverso que viviera en la impunidad. La tarea del viajero que pone por escrito su relato es pues generalmente doble: es preciso ante todo probar la realidad del comportamiento perverso, y luego probar la impunidad de los contraventores en el seno de su respectiva sociedad laxista. Y no dispone para ello de otros medios que los que están a nuestra disposición en el seno de la lengua: jurar por todo lo alto que dice la verdad, y acumular detalles verídicos que provoquen la convicción del lector. Poner a los dioses por testigos de que se dice la verdad, no es otra cosa que llevar hasta el extremo la identificación de quien habla con el tenor de lo que dice: acumular detalles, no es otra cosa que sostener la verosimilitud mediante la complejidad de lo improbable.

Ahora bien, sobre estos temas de lo verosímil y el efecto de realidad como procedimientos de la ficción novelesca, Julia Kristeva y R. Barthes han escrito no pocas páginas. El viajero no tiene pues otro recurso que asentar la verdad de su relato que su buena fé... y los efectos retóricos de la ficción.

Existe no obstante otra alternativa, que el s. XIX descubrió: la verosimilitud inherente a la seriedad protocolar de las ciencias naturales. Fué así como se pasó del relato de viaje a la etnografía. Y esta vez, de nuevo, tampoco la verdad pudo ser evocada: el discurso de lo verdadero está mimado en la forma misma, y abordarlo de manera más franca hubiera despertado sospechas.

La cuestión de la impunidad del perverso selvático no dejaba de ser preocupante. ¿Se equivocan los salvajes al dejar sin castigo lo que entre nosotros hubiera sido considerado un crimen? ¿O bien hay cosas que son verdaderas de este lado de los montes

y falsas del otro lado? La antropología jamás se ha pronunciado, a pesar de la gravedad de las implicaciones: afirmar el carácter único de la verdad (necesariamente la nuestra) conduce a justificar a posteriori toda la empresa colonial; afirmar su multiplicidad, por el contrario, es justificar el conjunto de las costumbres bárbaras, desde los sacrificios humanos hasta la excisión del clitoris, incluidas aquellas que han pertenecido históricamente a nuestra cultura, y de las que sólo hemos podido deshacer-nos a costa de lo que habría de llamar un doloroso esfuerzo "civilizatorio".

¿Qué hacer, pues? Dado que la cuestión de la verdad en antropología no ha sido tratada demostrativamente, necesariamente lo ha sido -por defecto- de modo axiomático, es decir, en forma de postulado. Postulado que, a la manera del de Euclides, toma y adopta una de las formas posibles: "hay una única verdad (la de la ciencia)", o bien "hay tantas verdades como culturas hay distintas, o sea, potencialmente, una infinidad". O incluso: "no hay verdad".

El paso de una forma de postulado a otra se opera históricamente en el seno del campo antropológico de una manera paradigmática, en el sentido de Kuhn, por simples inversiones sucesivas fundadas en la opinión del mayor número (de autoridades antropológicas), es decir, y hablando en plata, por un fenómeno de modas. En ninguno de los casos la inversión aparece justificada; a menos que se tome en serio la indignación moral de los miembros de cada facción ante las consecuencias intolerables de las demás opciones.

Y, sin embargo ¡cuántos estudios de campo interrumpidos, cuántas tesis inacabadas por razones que tenían que ver con la verdad! ¿Puede tolerarse -preguntaba uno- la violencia brutal hacia los niños, el asesinato como ética cultural? ¿Puede tolerarse -preguntaba otro- la destrucción de los territorios de caza de un pueblo en nombre del mayor bien de toda una nación? He aquí unas cuantas preguntas que afectan a la vocación misma

del antropólogo: ¿Puede haber culturas humanas cuya contribución a la historia de la raza humana estuviera tan viciada que no mereciera la pena detenerse ante ellas? Problema grave si, como quería Jauffret, secretario de la "Sociedad de Observadores del Hombre", el año IX de la República, la tarea primera de la antropología fuera la de hacer un inventario de las variedades de la cultura humana.

Cualquiera que pueda ser la respuesta a tales preguntas, remite siempre a una rúbrica titulada "Cuestiones éticas ligadas a la práctica sobre el terreno"; rúbrica cuyo largo título parece sugerir que no trata sino de problemas accesorios. Pero ¿quién podrá decir que quienes abandonaron la antropología por razones de este tipo no eran dignos de pertenecer a ella? Godard afirmaba el otro día en el marco de una emisión literaria bien conocida que no existen suicidad entre los directores de cine. No puede decirse otro tanto de los antropólogos. "Choque cultural", se dice púdicamente ¿O será que de tanto en cuanto la verdad tanto tiempo olvidada reclama su tributo de carne?

Paris, 14.1.86

(Traductor: A. Cardin)